

A continuación doy un modelo corto de lo que serán tales lecciones:

«M. T. C. Terentiae suae S. P. D.

« Si vales, bene est; ego quidem valeo. Valetudinem tuam velim cures diligentissime. Nam mihi et scriptum et muntiatum est te in febrim subito incidisse. Quod celeriter me fecisti de Caesaris litteris certiolem, fecisti mihi gratum. Item posthac, si quid opus erit, si quid acciderit novi, facies ut sciam. Cura ut valeas. Vale.»

Para traducir, hágase que los alumnos averigüen, como lo han acostumbrado en los ejercicios, el número de proposiciones que hay en cada período, por el número de verbos, y luego de qué clase es cada una de ellas (independientes; principal y relativa; subordinante y subordinada), lo cual sabrán por el modo del verbo y el anunciativo, si alguno lleva la proposición, y por el relativo, cuando sea el caso. En seguida podrán ordenarlas convenientemente, a saber: subordinante con su subordinada o sus subordinadas; principal y relativa, etc. Una vez ordenadas, descompondrán cada una en sus elementos: sujeto con sus modificativos, verbo con los suyos, complemento con los suyos, en este orden: directo, indirecto y circunstanciales.

(Concluirá)

A SAN IGNACIO DE LOYOLA

(En el cuarto centenario de su herida y conversión).

(En uno de los volúmenes anteriores de esta REVISTA (1), estudió Ciro Molina Garcés las diversas tentativas, sin éxito satisfactorio, que se han hecho en España y en Colombia, para adaptar el verso exámetro a la poesía castellana, y le otorga la palma—creemos que con justicia—al canto *A Popayán*, de Guillermo Valencia. Ahora, José Joaquín Casas acaba de hacer el nuevo ensayo que, debidamente agradecidos al ilustre autor, insertamos en seguida.

(1) Tomo x, págs. 182, 205.

No sabemos cómo sonará esta férvida poesía en oídos no acostumbrados a los autores latinos; pero nadie le negará nobleza de pensamiento, sinceridad y calor de afectos, corrección y brillo de palabras y frases. No está en versos sueltos como las de Villegas, ni asonantada, como la de José Eusebio Caro *Al mar*, sino con fuertes rimas consonantes, lo cual constituye una verdadera novedad).

¡Salud, Caballero de Cristo! vibrar mi alma siento
De amor, de esperanza, de brío, de anhelos de gloria.
Al ritmo triunfal de tu marcha, de cántabro acento,
Cruzan, relámpagos vivos, centurias de historia.
Bíblicos timbales, clarines de arcángeles, voces
De hosanna, tropel de combate con himnos de goces,
Redobles, extraña salmodia que el coro despeña,
Sacuden mi pecho. *¡A la lid, a la lid, Compañía!*
¡Compañía, a la lid! En mano la trémula enseña
Que el Rey de los siglos excelso te dio en el gran día
Surgir, capitán de la firme vanguardia, te veo,
Peñón que el zumbar de las olas en vano amenaza,
Gigante, cantábrico roble de vientos batido.
Brisas mi sien acarician del gran Pirineo;
Libre resuena en los montes la trompa de caza;
Retumba el mar de Vasconia con largo estallido. . . .
Siento mi sangre bullir por mi Dios, por mi raza!
Mi raza, mi templo, mi hogar, mis afectos de niño,
Mi madre, que reza a mi lado, su voto postrero,
Sus preces, que a tí me encomiendan con tierno cariño,
Surgen a par de tu imagen, oh ideal caballero!
Conózcola bien: familiar a mi amor, la venero;
Conozco ese rostro español de viril entereza,
Los ojos, do brilla el designio que el alma elabora,
La firme nariz aquilina, la noble cabeza,
Que un piélogo encierra, que un mundo de luz atesora.
—Nunca,—decirme pareces—*de tu alma se borre:*
Vienes de Dios, a Dios tornas, de Dios peregrino;

De Dios a Dios vas como el río del mar al mar corre;
Dios es tu principio y tu fin, y es su ley tu camino.
¡Sursum! al Bien sin mudanza dirige tu anhelo:
Cuán sórdida encuentras la tierra si miras al cielo!
Un día de Cristo en las filas tomaste bandera:
Pues ¡ea! Esto vir! a la lucha! tu Rey te reclama:
Amale y triunfa: ¿qué triunfo no logra quien ama?
En pos de tu Rey con tu cruz hasta el fin persevera!—
Tal dices, y el pecho me enciendes con santo desnudo,
¡Oh buen Caballero de Cristo, sin tacha y sin miedo!

¿Y eres tú aquel ñigo, aquel soñador de aventuras
A quien arrebató del siglo la pompa halaguera,
Aquel justador tan garrido de lanza y cimera
Que hazañas no vistas en tierras ignotas figuras?
¿Y tú eres aquel arrogante, gentil cortesano,
Cumplido en bizarras proezas y caballerías,
Que atento de mil pundonores al código vano
En lances a hierro desnudo por tu honra volvías?
¡Oh! tu honra, deidad que no sufre desdoras ni agravios.
Róbate el alma y la hechiza en vergeles risueños
Recóndito amor ideal que no mientan los labios,
Por quien los trofeos codicias de heroicos empeños,
Por quien es tu vida un afán de dar gloria a tu nombre:
La gloria, ilusión de ilusiones, ensueño de ensueños,
La gloria, dorado y estéril tormento del hombre.
Tu espíritu, en alas de ensueño figura, errabundo,
Rendir a un amor, cual trofeo, no menos que el mundo.
Mas tú, guerreador puntilloso, de príncipes paje,
Doquier, aun errando, acreditas tu temple y linaje.
En tí no hay rüin pensamiento, no hay ánimo doble:
Noble eres de sangre, y en obras e intentos, más noble.
Un solo vastísimo imperio sin par fantaseas,
Y allá por tu rey y tu patria cubrirte de honores.
Cruzan por almas sublimes las grandes ideas

Cual van, dominando los Andes, al sol los condores.
 Es fe de español la fe tuya, fe que ocho centurias
 En yunque forjaron a prueba de muerte y de injurias,
 Fe a sangre adquirida de mártires santos sin cuento,
 De un pueblo indomable carísima herencia sagrada,
 Fe idioma, fe historia, fe amparo y defensa y aliento,
 Que ostenta por símbolo al mundo la cruz y la espada.
 Tal eres, tal es la tu España, la brava creyente,
 La madre de Cides, Fernandos, Cisneros, Guzmanes,
 En cuyas entrañas de savia fecunda y potente
 Se nutre para inclitos hechos legión de titanes;
 España, que estrecha en el uno busca otro hemisferio,
 Y a mares jamás navegados dirige sus proas,
 Y adiestra, capaces de dar a su imperio otro imperio,
 Corteses, Pizarros, Valdivias, Quesadas, Balboas;
 España, donde hombres y damas ignoran qué es miedo,
 España, castillo del alma, baluarte del *Credo*.
 A tí y a tu pueblo Quien almas y soles dirige
 Por pueblo y caudillo para alta conquista os elige.
 ¡Oh España, oh guerrera! tu escudo flamígero embráza:
 De Norte y de Oriente el averno en falange amenaza.
 Soberbia, la indócil, en vasta traición se rebela
 Y hollando las aras, sacrílegas huestes aduna;
 Reclaman su Olimpo en las almas los dioses vencidos;
 Naos junta y caballos y alfanges la audaz media-luna.
 ¡España! la heroica! tu escudo flamígero embráza:
 Tríplíce ejército inmenso rugiente amenaza.

Anfora exquisita a su gracia Dios mismo elabora;
 De flor de natura El fabrica su propio elemento;
 A un orden otro orden añade; la Mente creadora
 Refleja en su hechura su propio creador pensamiento.
 Dios mismo en natura la ofrenda a su templo prepara:
 [La espiga su pan, a otro pan acendrándolo, mece;
 Da el casto panal virgen cera que luce ante el ara;

Su sangre la vid, para sangre deífica, ofrece;
 Rubí y esmeralda, do lumbre en relámpagos cuaja,
 Esperan, sepultos, el nimbo del áurea custodia;
 El cèdro en el bosque armonioso preludia la caja
 Que presto en el coro solemne guiará la salmodia;
 Destila, fragante holocausto, la próvida palma
 Su incienso, que en simbolo sube de aroma del alma.
 Cual brota flameante penacho del cráter hirviente
 Nunciando la tromba de rayos que el ciclope labra,
 El estro que fúlgido bulle de un hombre en la mente
 De apóstol preludia o profeta la augusta palabra.
 La nieve, depósito excelso do beben los ríos,
 Por quien verdes frondas susurran en secos estíos,
 La nieve, alto dón fecundante, se posa en la cima
 Que yergue, rival de las nubes, el prócer Tolima.
 El genio del hombre, alto dón, celsitud de natura,
 Talvez otro dón superior, luz de luz, transfigura.
 Injerta la gracia en el genjo da frutos y flores:
 Divina es la savia; del genio, fragancia y colores.

Noble Iñigo: allá en el frontero castillo navarro,
 Que tú en desigual y tenaz y sangrienta porfia,
 A ley de español caballero defiendes bizarro,
 Sí, buscas tu gloria, mas Dios a la súya te guía.
 Conquista mayor que soñaras reserva a tu anhelo,
 Dios guarda para otros combates tu fibra española:
 Tu campo, las almas; Rey, Cristo, y el término, el cielo,
 ¡Oh bravo campeón de la gracia, señor de Loyola!
 Allá por do al mundo te lanzas del mundo te aleja
 La mano que nueva armadura, la cruz, te apareja;
 Allá do indomado tremolas tú flámula altiva,
 Do abrirte sus puertas doradas la gloria semeja,
 El rayo que a Saulo derriba también te derriba.

Retiro, silencio en la antigua mansión solariega,
 Quietud en que, libre del medio de bajos sentidos,

El alma en su atmósfera propia se abisma y sosiega
 Oyendo de Dios bajo el ala sus propios latidos.
 Allí te atraía, siguiéndote ansioso por tu áspera brega,
 Jesús, el Pastor de las almas, con blandos silbidos:
 Jesús, cuyo imperio no cifren linderos ni edades,
 Jesús, dulce amigo sin muerte ni olvido ni ausencia,
 Jesús, la belleza, el amor en que no hay veleidades,
 Jesús, Bien, Verdad, sol de vida de eterna esplendencia.
 El mismo a ti, joven ansioso, de amor sitibundo,
 Te da de beber de aquella agua que salta a otro mundo;
 Y tú de tu dueño a los pies, en el polvo la frente,
 Derramas, cual vaso de aromas, tu pecho doliente.
 Tú, ayer tan altivo, ¡cuán hondo hasta el polvo te humillas!
 Hoy, pobre ante grandes ¡qué grande a los ángeles brillas!
 Aun sueñas, aun amas, aun luchas, aun buscas honores,
 Mas otro es tu blanco, tu Dios, Dios celoso, es tu dueño;
 Es El en quien cifras desvelo, esperanza y amores,
 Su gloria, su máxima gloria, su gloria es tu empeño.
 Al pie del altar, cual solías novel caballero,
 Al pie de la Virgen, del sol de la gracia lucero,
 Aun vélas tus armas, tus armas que el mundo escarnece,
 Las armas que pide tu nueva cruzada y camino:
 La túnica pobre, que el cíngulo casto guarnece,
 La escueta sandalia y el duro bastón peregrino.
 ¡Salud, Caballero de Cristo! ¡cuán fuerte, cuán pura
 Destella ante el cielo y los siglos tu pobre armadura!
 Grande odio, amor grande te siguen: del odio escogida,
 Doquier que tu clara falange sus toldos asienta
 Lid traban la luz y la sombra, la muerte y la vida:
 Es, ella, que paz va llevando, señal de tormenta.
 Aun sueñas, mas son ya tus sueños de Dios realidades:
 Tu huerte, la siempre en la brecha, que inflama tu celo,
 Del Ganges al Ebro desiertos recorre y ciudades
 Poblando de sabios el mundo, de santos el cielo.
 ¿Cuál es su consigna? Templados con santo denuedo.

Armar caballeros de Cristo sin tacha y sin miedo.
 En esa tu heroica milicia por siglos renaces.
 ¡Ah! pienso, los triunfos mirando de su ínclito brío,
 ¡Qué mando de arcángel tetrás sobre fúlgidas haces
 Allá en las milicias triunfantes, santo Iñigo mío!
 ¡Há ya tantos años que lucho y te invoco! Si el día
 No llega de paz y silencio, que el ánima ansía,
 Si a nuevos, tremendos combates el cielo me guarda,
 Si dura mi ausencia del patrio solar todavía
 Y el ver los felices collados eternos aun tarda,
 ¡Oh! vén a mi amparo, sosténme, dá esfuerzo a mi pecho:
 Defienda hasta el fin de mi Dios y mi Patria el derecho;
 Y alcánzame ¡oh padre! un rincón, el postrero siquiera,
 Allá do asistiendo a tu gloria mi madre me espera.

JOSÉ JOAQUÍN CASAS

Agosto de 1921.

PERFILES DE ANTAÑO

Al señor doctor Daniel Arias Argáez.

Mi querido Daniel:

Con verdadero placer he leído y releído tu interesante librito que lleva el mismo título de esta carta, en que no tengo la pretensión de querer imitar tu estilo sino de evocar el recuerdo de uno de nuestros escritores bogotanos con quien me unieron vínculos de amistad y parentezco:

FRANCISCO DE PAULA CARRASQUILLA

Conociendo muy niño a Pacho, como lo llamábamos todos, en la iglesia de La Capuchina, hoy de San José, el día de su matrimonio—que apadrinó Rafael mi hermano,—por allá en 1880.